


Gordon Reece

La ratonera

Traducción de Rosa Pérez

 El Aleph Editores

Título original: *Mice*

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición: junio de 2011

© Gordon Reece, 2010

Este libro fue publicado originalmente por Allen & Unwin 2010

© Traducción de Rosa Pérez Pérez, 2011

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U.,

El Aleph Editores,

Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona

correu@grup62.com

www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.

Impreso en Reinbook

Depósito legal: B-17.614-2011

ISBN: 978-84-7669-988-1

Para Joanna





I

Mamá y yo vivíamos en una casa situada a una media hora de la ciudad.

No había sido fácil encontrar un hogar que cumpliera todos nuestros requisitos: en el campo, sin vecinos, tres dormitorios, un jardín delante y otro detrás; una casa que fuera vieja (debía tener «personalidad») pero, a la vez, tuviera todas las comodidades: un sistema de calefacción moderno era fundamental porque ninguna de las dos soportaba el frío. Debía ser silenciosa. Debía estar retirada. Al fin y al cabo, éramos ratones. No buscábamos un hogar. Buscábamos un escondrijo.

Vimos montones de casas con el agente inmobiliario, pero, si divisábamos el tejado de un vecino entre los árboles u oíamos el zumbido del tráfico a lo lejos, nos lanzábamos una mirada sutil que la tachaba de nuestra lista. Aguantábamos la visita, por supuesto, y escuchábamos pacientemente mientras el agente nos explicaba lo evidente: «este es el dormitorio principal; este es otro dormitorio; este el baño». Nos habría parecido un poco grosero no hacerlo después de que nos hubiera llevado hasta un lugar tan apartado y, para mamá, hacerse valer ante aquel joven engreído de pelo engominado cuyo móvil no dejaba de sonar («ya hemos visto suficiente, gracias, Darren, no estamos interesadas») habría sido como viajar a la luna. Los ratones no son maleducados



jamás. Los ratones no se hacen valer jamás. Y, en consecuencia, pasamos muchos sábados viendo casas que no nos interesaban en absoluto.

Pero, al final, el agente nos había llevado a la Casa de la Madreselva.

No era la casa más bonita que habíamos visto: con su fachada marrón de ladrillo, sus ventanitas, su tejado gris de pizarra y sus chimeneas tiznadas parecía más urbana que rural. Pero estaba increíblemente apartada. Rodeada por todas partes de hectáreas de campos cultivados, el vecino más cercano estaba a casi un kilómetro de distancia. Solo se accedía a ella por una carretera estrecha y tortuosa que trazaba una trayectoria sinuosa y amplia alrededor de la propiedad. Con curvas muy cerradas y altos setos a ambos lados, parecía más un laberinto que una vía pública. Por una vez, no nos costó creer a Darren cuando nos dijo que pocos coches se aventuraban por aquella carretera por temor a quedarse atrapados detrás de maquinaria agrícola lenta. El largo camino bordeado de árboles por el que se accedía a la casa, con sus baches y su cerrada curva hacia la izquierda, solo aumentó nuestra impresión de que la Casa de la Madreselva estaba demasiado apartada para que las duras realidades del mundo nos encontraran alguna vez allí.

También era increíblemente silenciosa. Cuando nos bajamos del todoterreno de Darren un ventoso día de principios de enero, el silencio fue lo primero que noté. Estaba allí cuando los pájaros dejaron de gorjear en las copas de los árboles y Darren interrumpió por un momento su incesante verborrea («me encanta esta casa; no lo digo por decir; viviría aquí mañana si pudiera»); estaba allí, el sonido más maravilloso del mundo: la ausencia absoluta de sonido.

Los dueños, los señores Jenkins, eran un matrimonio mayor. Salieron a recibirnos a la puerta, rubicundos y desgreñados. Sostenían tazones de té contra sus recias chaquetas de lana y prorrumpían en efusivas carcajadas cuando

nadie había dicho nada especialmente gracioso. El señor Jenkins explicó que tenían que regresar a la ciudad por la salud de la señora Jenkins («tiene el corazón fastidiado» fueron sus palabras) y no querían estar «en el quinto pino» si algo iba mal. Estaban desconsolados por tener que marcharse, añadió, y nos aseguró que habían pasado treinta y cinco años maravillosos en aquella casa. «Sí, treinta y cinco años maravillosos», repitió la señora Jenkins después de él, como una mujer habituada a ser poco más que el obediente eco de su esposo.

Nos llevaron a hacer el embarazoso recorrido habitual por la casa: demasiadas personas apretujadas en el estrecho pasillo y el rellano de la escalera, la confusión y los tropezones («pase»; «no, pase usted») en todas las puertas. Mientras íbamos de habitación en habitación, noté que el señor Jenkins me miraba continuamente, intentando dilucidar cómo una tímida muchacha de clase media había terminado con aquellas feas cicatrices en la cara. Me sentí aliviada cuando salimos al jardín trasero por la puerta de la cocina y pude rezagarme para eludir sus inquisidores ojos azules.

El señor Jenkins era un jardinero experto y estaba decidido a que nosotras lo supiéramos. Lo seguimos a regañadientes por el jardín mientras nos enseñaba sus árboles frutales, su huerto y sus dos cobertizos. Eran los cobertizos más limpios y organizados que yo había visto jamás: cada herramienta estaba colgada de su gancho y hasta los guantes de jardinería tenían sus propias perchas con una etiqueta en la que ponía *Jerry* y *Sue*. Nos enseñó su fétido montón de compost y exclamó, ufano, «Aquí está, la niña de mis ojos», antes de conducirnos a la hilera de cipreses que había plantado cuando se habían trasladado allí. Los árboles ya medían más de diez metros y, mientras él se explayaba sobre la salud de su corteza, yo miré con cautela a través del tupido follaje. Detrás no había nada salvo pardos campos arados que se perdían en el horizonte.

El señor Jenkins estaba especialmente orgulloso de su jardín delantero. El amplio césped, tan corto como el de una pista de bolos, estaba bordeado de innumerables plantas y arbustos, algunos de los cuales conservaban sus llamativos colores aunque fuera pleno invierno. «Es importante tener algunas plantas que florezcan en invierno —dijo a mamá— y muchas perennes o, de lo contrario, durante el invierno te quedas sin color». Mamá, en un intento de cambiar de tema, dijo que no sabía mucho de jardinería, pero el señor Jenkins se tomó aquello como una invitación para llenar aquella laguna de su educación en ese mismo momento. Comenzó una larga disertación sobre los distintos tipos de tierra. «Esta tierra —dijo— es tierra calcárea. Está un poco seca, un poco “hambrienta”. Necesita mucho fiemo, abono vegetal, turba...». Me alejé, incapaz de escucharlo mientras él seguía expalayándose: «mantillo... abono artificial... estratos calizos...». Me pareció oírle decir «sangre seca» en un determinado momento, pero decidí que debía de haber oído mal.

Seguí andando y, cuando aquella voz irritante se hubo convertido en un sordo murmullo, una gran rosaleta plantada en el centro del césped me cerró el paso. Las rosas habían sido podadas de forma implacable y parecían alzar sus muñones amputados al cielo en son de protesta. Toda la rosaleta tenía un aspecto desolado. Con su gran montículo de tierra removida, me recordó a una tumba recién cavada.

Al mirar las otras plantas y arbustos del jardín, me di cuenta de que apenas conocía el nombre de ninguno. Si iba a ser escritora, aquello era sin duda algo que debía remediar. Los escritores siempre parecían conocer los nombres de las flores y las plantas; eso los hacía más eruditos, más parecidos a dioses. Decidí que lo primero que haría cuando nos trasladáramos (porque ya sabía, por la expresión soñadora de mamá, que aquella iba ser nuestra casa) sería aprenderme los nombres de todas las flores y árboles del jardín: sus nombres vulgares y sus nombres científicos.

Cuando regresé junto a mamá, el señor Jenkins no fue capaz de seguir refrenando su curiosidad.

—¿Y qué te ha pasado, cariño? —preguntó mientras indicaba, con un impreciso gesto de la mano, que se refería a mi cara marcada.

Mamá me atrajo hacia sí de forma instintiva y respondió por mí.

—Shelley ha tenido un accidente. Un accidente en el instituto.

Mamá compró la Casa de la Madreselva con su parte del dinero del divorcio. Su ínfima parte. Mi padre, un abogado experto en divorcios aunque parezca mentira, nos había abandonado dieciocho meses antes por su secretaria, una chica con la que se llevaba treinta increíbles años que tenía cara de muñeca lasciva y siempre enseñaba el escote (¡solo era diez años mayor que yo! ¿Y se suponía que debía considerarla mi «nueva madre»?). Los aspectos económicos y «filiales» del divorcio se habían alargado durante casi un año. Mi padre se ensañó con mamá como si ella hubiera sido su peor enemiga en vez de su mujer durante dieciocho años e intentó quitárselo todo, incluso a mí.

Mamá fue cediendo en todo: renunció a la parte de la pensión de mi padre que le correspondía, renunció a su derecho a una pensión alimenticia, incluso le devolvió algunos de los regalos que mi padre le había hecho durante su matrimonio, tal como él se había empeinado en exigir, pero se negó a renunciar a mí. El tribunal opinó que, siendo yo una chica de catorce años «con una inteligencia excepcional», era capaz de decidir con quién deseaba vivir. Como quería quedarme con mamá a toda costa, la solicitud de custodia de mi padre terminó desestimándose. Cuando él se dio cuenta de que no podía castigar a mamá por sus años de devoción apartándome de ella, no tardó en emigrar a España con Zoe.

Pese a haber parecido que me quería tanto que deseaba que viviera con él, se marchó sin siquiera despedirse y yo no había tenido noticias suyas desde entonces.

Los trámites se realizaron con la rapidez habitual y nos trasladamos a la Casa de la Madreselva a finales de enero. Era uno de esos días de invierno psicóticos en los que tan pronto hay un cielo plagado de negros nubarrones bajos como un sol tan radiante que parece que la primavera se ha adelantado, un sol que enseguida es engullido de nuevo por téticos nubarrones portadores de un viento glacial y frías rachas de lluvia.

Los mozos de la compañía de mudanzas, que mascaban chicle y apestaban a sudor, entraron y salieron de la casa con sus botas embarradas mientras lanzaban claras indirectas sobre la sed que les daba su trabajo y sobre cómo matarían por una taza de té. Mamá les llevó obedientemente tazones de té con mucha leche en una bandeja y puso tres o cuatro terrones de azúcar según le instruyeron, y ellos se sentaron a beber y a fumar delante de la casa, recostados en los baúles que deberían estar trasladando. Un mozo la vio mirar una fea rozadura que habían hecho en un lado del piano y le gritó con descaro: «Eso no lo hemos hecho nosotros, cariño. Ya estaba así». Mamá corrió a refugiarse en la casa (*a los ratones les aterran los enfrentamientos*) y ellos se partieron de risa.

La intimidaron para que les pagara al contado, incluida la media hora que habían pasado sentados bebiendo té e imitando su acento pijo, y por fin se marcharon, después de dejar sus colillas suspendidas de las axilas de las flores.

No me arrepentí de cambiar la lujosa casa urbana en la que había vivido durante casi toda mi vida por las modestas co-

modidades de la Casa de la Madreselva. Aquella casa había dejado de ser mi hogar cuando comenzaron los trámites de divorcio; después de eso, se había convertido en el «domicilio conyugal», una pieza valiosa que los abogados de ambas partes maniobraron para «comerse» como dos astutos jugadores de ajedrez. Un «domicilio conyugal» no puede ser nunca un hogar feliz.

El lugar me traía demasiados recuerdos, buenos y malos. No estaba segura de cuáles eran más dolorosos: mi padre disfrazado de Papá Noel cuando yo tenía siete años, dándome un pequeño hámster dorado que temblaba en sus manos ahuecadas; mi padre, peligrosamente borracho, echando la puerta abajo a patadas siete años después cuando le tocaba tenerme el fin de semana y yo me negaba a ir con él; mis padres en su decimoquinto aniversario de bodas, bailando muy apretados en el salón delante de todos sus amigos al son de «Wonderful Tonight» de Eric Clapton; tres años después, mi padre empujando a mamá con tanta saña que ella se había caído al suelo de espaldas y se había roto un dedo. En aquel mismo salón...

Había otro motivo por el que me aliviaba marcharme del «domicilio conyugal», un motivo que no quería admitir ni ante mí misma. Era la tentación de seguir queriendo a mi padre. Pese a la forma indecente como nos había tratado a mamá y a mí, pese a todos mis esfuerzos por imaginármelo como lo peor de lo peor, el vínculo de sangre continuaba siendo difícil de romper. Por todas partes, había cosas que me recordaban su otra cara, lo bondadoso que podía ser y lo bien que lo pasábamos juntos. Estaba la cabaña del haya que me había construido cuando yo tenía seis o siete años; las bonitas estanterías que había colocado en mi dormitorio antes de que yo fuera al instituto y la colección de «clásicos infantiles» encuadrada en piel que me había traído de Londres (era mi padre quien me había animado a ser escritora, él había plantado la semilla). En el garaje donde hacía ejercicio



y aún olía ligeramente a su sudor, había una vieja diana en la que jugábamos desternillantes partidas de dardos.

Pero quizá el recuerdo más doloroso de mi padre me asaltaba cada vez que me miraba en el espejo y veía sus ojos de color avellana devolviéndome la mirada. Nunca había estado tan unida a él como lo estaba a mamá, pero, cuando teníamos momentos tiernos, cuando yo era pequeña y él me levantaba en brazos con el sol a mis espaldas como si intentara ver a través de mí, por algún motivo, era incluso mejor.

Yo ocultaba aquel secreto a mamá, por supuesto, porque la habría herido profundamente. Pero, mientras siguiéramos viviendo en el «domicilio conyugal», aquella traicionera tentación persistiría, y si mamá y yo discutíamos por cualquier motivo, de golpe se hacía más fuerte. Con el traslado, esperaba que aquella emoción furtiva se debilitara y terminara por desaparecer.



La Casa de la Madreselva fue un estimulante nuevo comienzo. Adoraba la cocina con su anticuada despensa, su suelo embaldosado de terracota y su desgastada mesa de pino; siempre se estaba calentito por muy mal tiempo que hiciese afuera y terminamos haciendo todas nuestras comidas en ella. Adoraba el modo como el salón comunicaba con el comedor sin ningún tabique divisor, de forma que, incluso cuando hacíamos cosas distintas, yo siempre sentía a mamá cerca. Adoraba la chimenea con sus paredes de rugosa piedra gris, su repisa de madera de roble barnizada, los pulcros cristalitos romboidales de las ventanas. Adoraba la desgastada escalera de madera, cuyo cuarto peldaño de abajo crujía ruidosamente sin que importara dónde pusieras el pie. Adoraba mi dormitorio con sus vigas a la vista y el banco de obra bajo la ventana donde me sentaba a leer durante horas a la luz más pura y clara que había visto jamás. Adoraba descorrer las cortinas por la mañana y ver un mosaico



de campos arados en vez de las casas unifamiliares idénticas de los barrios residenciales, cada una con su BMW o Mercedes aparcado en la parte de atrás. Sobre todo, adoraba poder sacar una silla al jardín trasero, donde me sentaba a observar las nubes que se formaban y reformaban lentamente en el cielo como la cera derretida de una lámpara de lava.

Mientras miraba el cielo, me gustaba imaginar que vivía en una época más simple e inocente, idealmente, una época anterior a la existencia del ser humano en la que la tierra era un vasto paraíso verde y la crueldad, infligir daño por mero placer, se desconocía por completo.